

Después de estar largo tiempo sin moverse, como los ojos se les cerraban de cansancio, se durmieron profundamente. Cuando se despertaron, ya era entrada la noche.

-¿Cómo vamos a salir ahora de este bosque? -dijo Gretel, echándose a llorar.

-Espera hasta que salga la luna, ya encontraremos entonces el camino -la consoló su hermano.

Y cuando salió la luna llena, Hansel tomó a la pequeña de la mano y siguió el camino marcado por los guijarros, que resplandecían a la luz de la luna como monedas recién acuñadas, mostrándoles el camino.



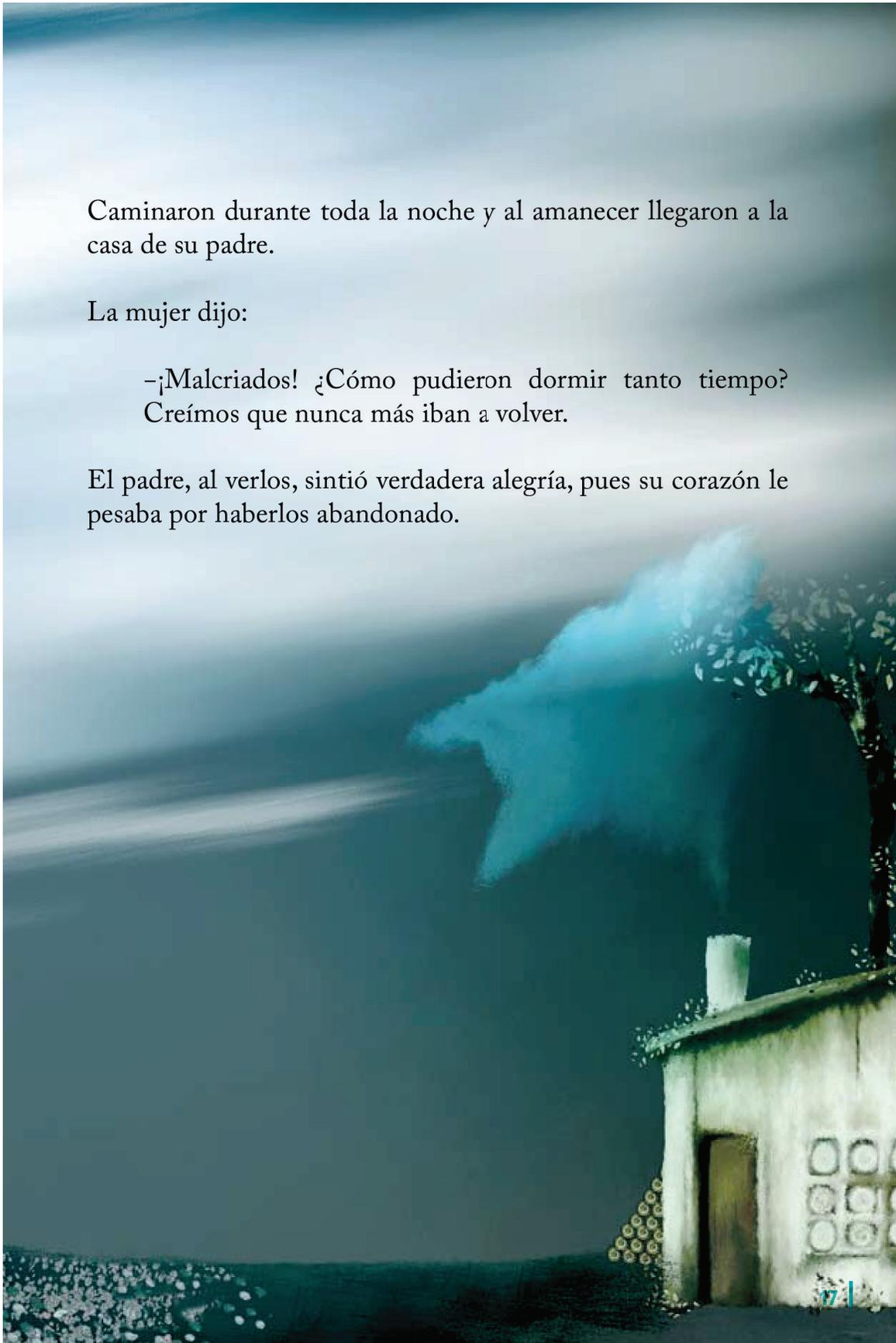


Caminaron durante toda la noche y al amanecer llegaron a la casa de su padre.

La mujer dijo:

-¡Malcriados! ¿Cómo pudieron dormir tanto tiempo?
Creímos que nunca más iban a volver.

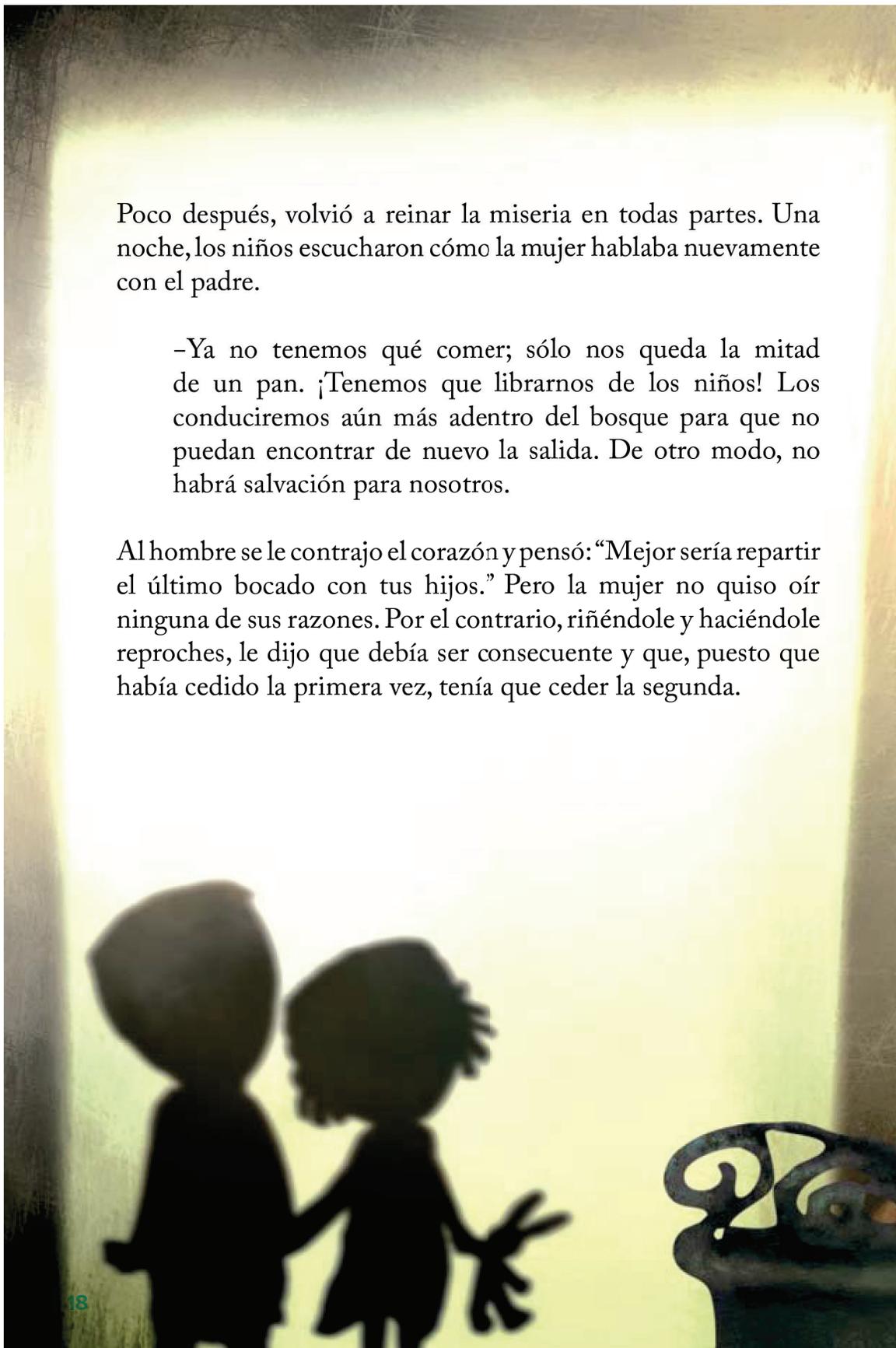
El padre, al verlos, sintió verdadera alegría, pues su corazón le pesaba por haberlos abandonado.



Poco después, volvió a reinar la miseria en todas partes. Una noche, los niños escucharon cómo la mujer hablaba nuevamente con el padre.

-Ya no tenemos qué comer; sólo nos queda la mitad de un pan. ¡Tenemos que librarnos de los niños! Los conduciremos aún más adentro del bosque para que no puedan encontrar de nuevo la salida. De otro modo, no habrá salvación para nosotros.

Al hombre se le contrajo el corazón y pensó: “Mejor sería repartir el último bocado con tus hijos.” Pero la mujer no quiso oír ninguna de sus razones. Por el contrario, riñéndole y haciéndole reproches, le dijo que debía ser consecuente y que, puesto que había cedido la primera vez, tenía que ceder la segunda.





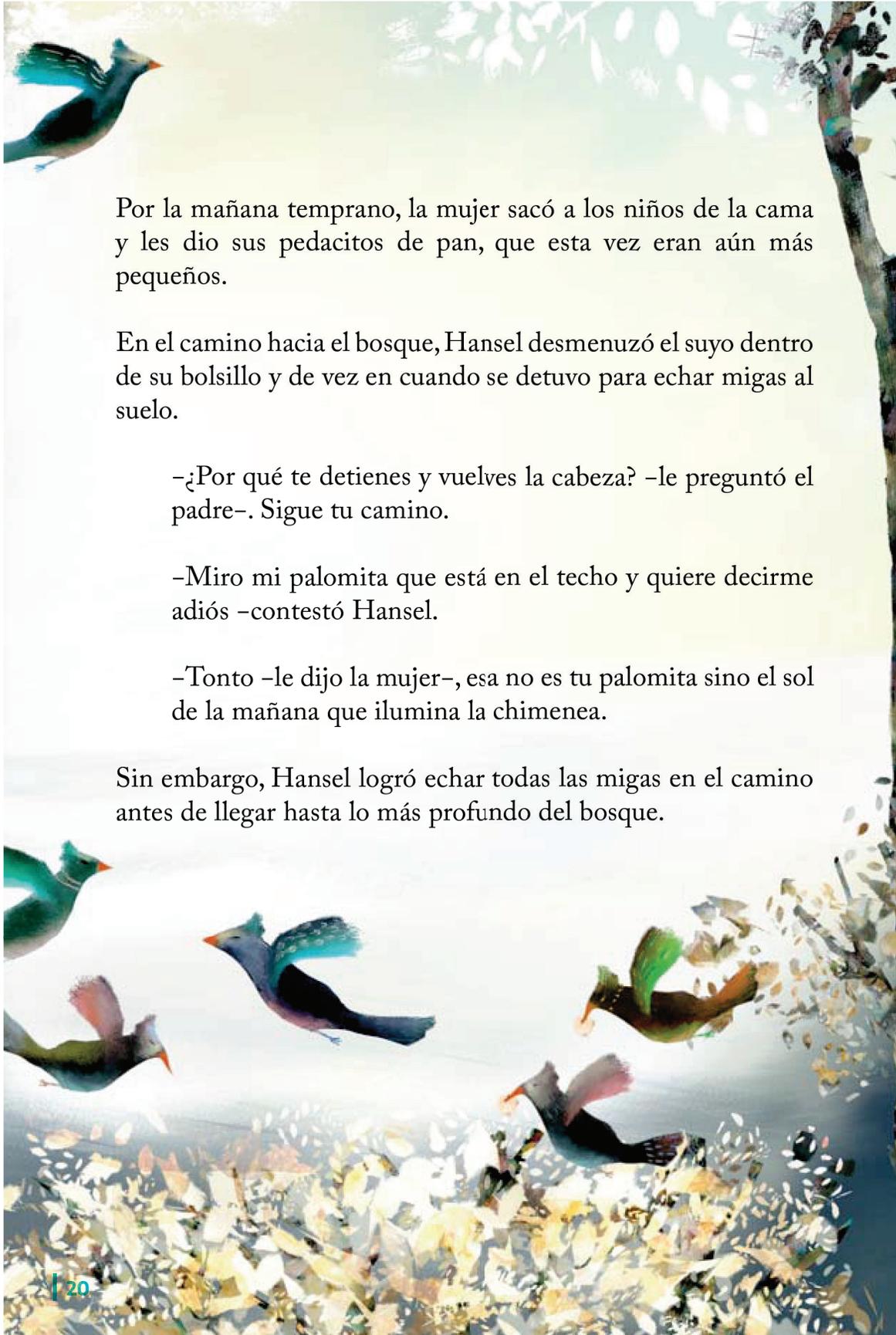
Los niños, que habían permanecido despiertos, escucharon esta conversación.

Cuando los padres dormían, Hansel se levantó y quiso salir a recoger guijarros como la vez anterior, pero la mujer había cerrado la puerta con llave y no pudo hacerlo.

Afligido, volvió a la cama y consoló a su hermanita:

-No llores, Gretel -le dijo-, y duerme tranquila.





Por la mañana temprano, la mujer sacó a los niños de la cama y les dio sus pedacitos de pan, que esta vez eran aún más pequeños.

En el camino hacia el bosque, Hansel desmenuzó el suyo dentro de su bolsillo y de vez en cuando se detuvo para echar migas al suelo.

-¿Por qué te detienes y vuelves la cabeza? -le preguntó el padre-. Sigue tu camino.

-Miro mi palomita que está en el techo y quiere decirme adiós -contestó Hansel.

-Tonto -le dijo la mujer-, esa no es tu palomita sino el sol de la mañana que ilumina la chimenea.

Sin embargo, Hansel logró echar todas las migas en el camino antes de llegar hasta lo más profundo del bosque.